

SUZANNE NELSON

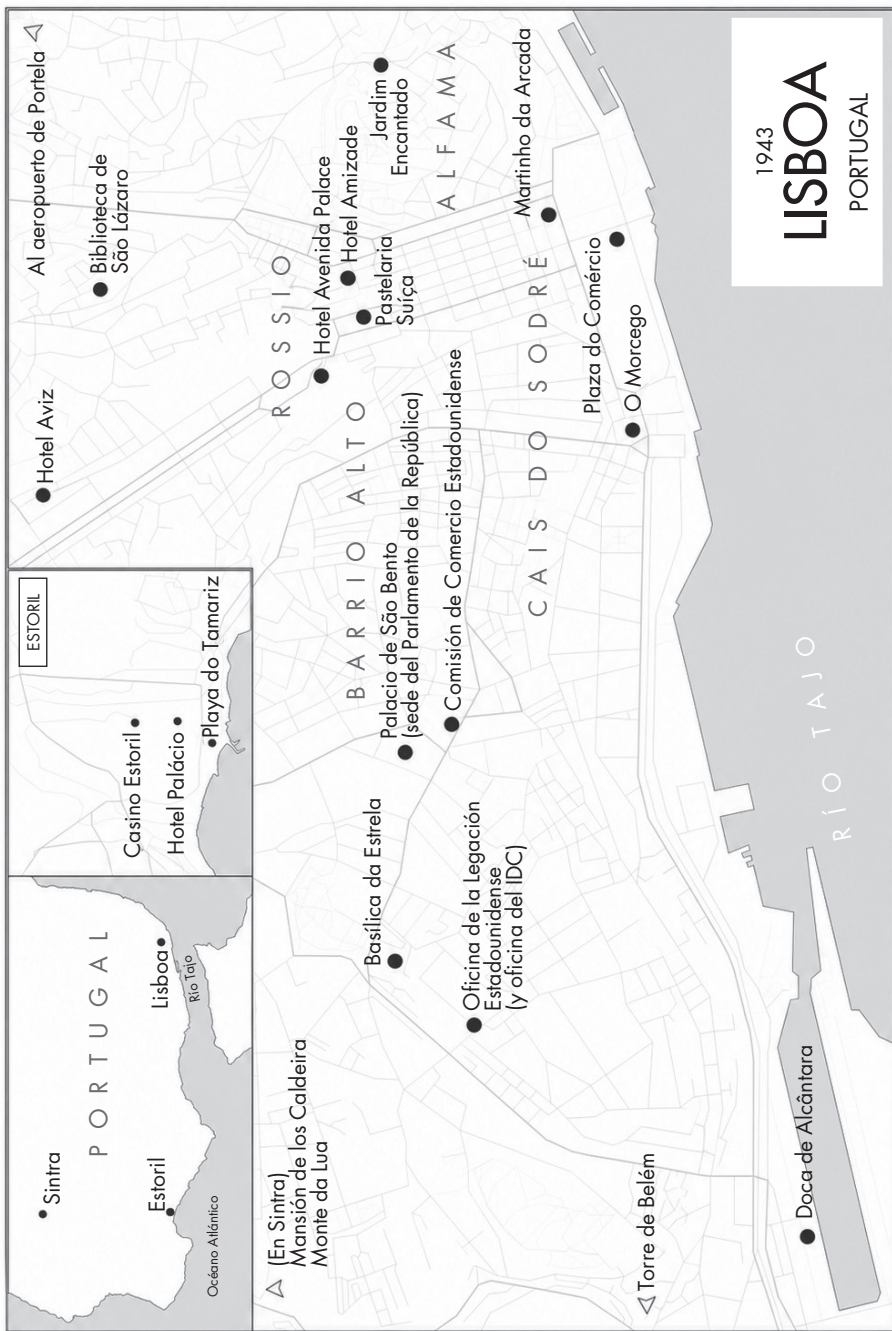
Las
BIBLIOTECARIAS
de LISBOA

Traducción de:
PUERTO BARRUETABEÑA



MAEVA

*En memoria de mi tía Carol Tallman,
una extraordinaria bibliotecaria con un gran corazón,
y de mi abuelo, Robert Francis Reinoehl,
que sirvió con valentía como auxiliar de artillero
durante la Segunda Guerra Mundial.*



Prefacio

AUNQUE *LAS BIBLIOTECARIAS de Lisboa* es una obra de ficción, está inspirada en lugares, hechos históricos y personas reales. Portugal fue uno de los pocos países europeos que permaneció neutral en la Segunda Guerra Mundial; sin embargo, desempeñó un papel crucial (y a veces controvertido) en el conflicto. Fue santuario para los refugiados, fuente de wolframio (uno de los minerales más codiciados en época de guerra porque se utilizaba para fabricar municiones) y hervidero de redes de espionaje, tanto aliadas como del Eje. Lisboa, la capital del país, se convirtió en el epicentro de operaciones clandestinas de todo tipo: de compra de visados y salvoconductos de salida falsos, de contrabando de wolframio en el mercado negro y de recopilación clandestina de información sobre el enemigo mediante sobornos, seducciones y asesinatos.

Los personajes principales de esta novela (Selene, Bea, Gable y Luca) están inspirados en varias personas reales que vivieron en Lisboa durante la guerra. Estos hombres y mujeres fueron figuras heroicas que arriesgaron sus vidas para salvar las de muchísimos otros y que consiguieron información vital para que los Aliados lograran cambiar el rumbo de la guerra.

Prólogo

Septiembre de 1993

LLEGABA UNA LEVE brisa desde el río Tajo, que traía el aroma salobre del verano. Se llenó los pulmones con ella y los recuerdos hicieron que le hormigueara todo el cuerpo. En cuanto bajó del avión, se transformó de nuevo en Selene, y su antiguo alias la envolvió como si fuera su abrigo favorito de entonces. Casi no le parecía posible, pero estaba otra vez en Portugal.

Cuando cayó la noche, los bañistas cansados, todavía cubiertos de arena de la playa Dafundo, recogieron y volvieron a sus casas. Las parejas tomaban cócteles en las galerías mientras los lisboetas y los turistas paseaban por Rossio. Las luces de los hoteles y los restaurantes que había junto a la plaza Dom Pedro IV parpadeaban como luciérnagas con el cielo de fondo.

Selene se tomaba despacio su *bica**, disfrutando del sabor amargo del café, y estudiaba a la gente. Ninguna de las caras era la que ella estaba esperando.

—*Aqui está, senhora.* —El *garçon* le puso delante un pastel de nata.

Ella le dio las gracias, aliviada al comprobar que todavía entendía el portugués y también era capaz de hablarlo. No había tenido muchas oportunidades de practicarlo después de la guerra, desde aquella noche en la que abandonó Lisboa jurando que no volvería jamás.

Aunque había pasado casi medio siglo desde su entrenamiento, no había perdido ni un ápice de su capacidad de observación. Había

* Taza de café expreso portugués.

elegido esa mesa de la Pastelería Suíça porque era el punto desde el que mejor se veía el paseo, y además en ella podía sentarse de espaldas a la pared, una vieja costumbre que adquirió durante los años de la guerra. Sentada allí, contempló cómo se revelaban unos cuantos secretos ante sus ojos.

Un hombre que había en una mesa cercana se guardó la alianza en el bolsillo antes de saludar a su amante con un beso. Un niño se puso a pescar escudos del agua de las Fontes Monumentais y después se los guardó en la chaqueta sin que su madre se diera cuenta.

Tanta gente con vidas ocultas.

Por fin apareció la cara familiar de Bea. Llevaba el pelo, que una vez fue de color ámbar y ondulado, corto y de un elegante color plateado. Su cuerpo menudo parecía más frágil, pero sus ojos de color avellana transmitían la misma inteligencia brillante de siempre. Las miradas de las dos se encontraron, y todos los años y los kilómetros que las habían separado desaparecieron.

—¡Bea! —Abrazó a su amiga más querida mientras se le caían las lágrimas y soltaba carcajadas de alegría.

—Hola, Selene —saludó Bea limpiándose los ojos.

Selene se separó un poco para ver bien las arrugas de sus ojos y la constelación de manchas solares que tenía en la cara. Ella no se sentía muy mayor, pero ver el efecto que los años habían tenido en su amiga hizo que le resultara imposible olvidarse de su edad.

—No me lo puedo creer. Otra vez en Lisboa. Han pasado cincuenta años y mira lo poco que hemos tardado en recuperar esos nombres. —Bea sonrió ante lo absurdo que resultaba volver a meterse en sus antiguos personajes.

Selene llamó al *garçon* para pedirle otra *bica* para Bea.

—Ya sabes lo que dicen de que es difícil librarse de las viejas costumbres.

Bea cubrió la mano de Selene con la suya.

—Estás tan guapa como siempre.

Selene rio.

—Nunca se te ha dado bien mentir. Pero... tuve mi momento.

—Cuando era joven, el encanto y la figura de Selene eran suficientes

para que toda una sala llena de gente se girara para mirarla; ella era como una potente llama que atraía a todas las polillas. Pero la pérdida había aplacado su naturaleza. Sintió la mirada de Bea fija en ella y se preguntó si podría ver las heridas que aún tenía. Las cicatrices de un corazón roto tantos años atrás.

—Durante décadas no he sabido si estabas a salvo o no. Ni siquiera si seguías viva. No tenía forma de contactar contigo.

—Lo siento. —El arrepentimiento hizo más profundas las arrugas de la cara de Bea.

Selene asintió. Durante los primeros años tras su regreso a Boston echó mucho de menos a su amiga. Se sentía sola, llena de dolor, y cargaba con secretos que no podía compartir. Había noches en las que levantaba el teléfono y le pedía a la operadora que la conectara con el número de Bea en Charleston, hasta que unos segundos después recordaba que ella no le iba a responder. Le escribió cartas que nunca se entregaron porque no tenía dirección a la que enviárselas. A veces incluso se pasó horas sentada en un rincón tranquilo de la biblioteca pública de Boston, recordando los días en que trabajaron juntas allí, rodeadas de estanterías. En alguna ocasión le llegó una postal de Japón, Rusia o Cuba, sin firmar, pero con la letra inconfundible de Bea y un mensaje en clave para que lo descifrara y supiera que su amiga estaba bien. Pero ni un detalle en todo ese tiempo sobre la vida que estaba llevando.

—No pasa nada, pero te he echado muchísimo de menos —reconoció.

—No podía decirte dónde estaba yo... Bueno, nosotros. Han sido docenas de países y de alias. Pero me he acordado de ti todos los días. Y he podido venir a verte ahora porque por fin mi trabajo ha terminado. O al menos yo he acabado con él. Puedo volver a formar parte de tu vida.

Selene se quedó pensando.

—¿Y por qué aquí, en Lisboa? Después de tantos años...

La expresión de Bea se volvió insegura.

—Porque él quería verte.

A Selene se le paró el corazón.

Levantó la vista y vio a un hombre al otro lado de la plaza. Se le aceleró el corazón mientras observaba al fantasma. Tenía el pelo salpicado de canas, ya no era del negro lustroso que ella recordaba, pero allí estaba la misma mandíbula angulosa, la mirada atrevida y los hombros anchos. Se cubrió la boca con la mano y se quedó pálida.

—No... no puede ser —tartamudeó—. No puede ser él.

—Selene, no... —Bea se arrodilló al lado de su silla—. Hay algo que tengo que decirte. Sobre la noche en la playa. La del asesinato.

—Fue hace tanto tiempo... —murmuró Selene.

—Pero lo cambió todo.

Le agarró la mano a Bea y los recuerdos la transportaron a batallas secretas que se libraban en salones de baile resplandecientes y en callejones oscuros, a lugares en los que las verdades y los engaños se mezclaban con las burbujas del champán, y en los que todo el mundo tenía algo que esconder.

Un rincón lleno de joyas deslumbrantes en medio de un mundo de oscuridad sangrienta. Lisboa, 1943.

1

Octubre de 1943

SELENE DELMONT APOYÓ un brazo en la barra y examinó la elegante sala de juego del casino, preguntándose quiénes de los presentes querrían bailar con ella y quiénes pretendían matarla.

Notaba contra la piel el frío de la hoja del puñal que llevaba bajo la liga, una sensación extraña. Nunca salía sin él. Las palabras de despedida del coronel Briggs, el último día de su entrenamiento en la Granja, no dejaban de resonar en su cabeza: «El ingenio hará que descubráis secretos. La confianza conseguirá que os maten».

Aquella noche debía tener muy presente ese consejo.

Por fin estaba en Lisboa, a miles de kilómetros de todo (y de todos) lo que quería olvidar. Qué alivio haber dejado atrás su apellido. En Boston nunca podría haberse librado de él; a pesar de que ya habían pasado tres años desde que la desheredaron, allí seguía siendo una rica heredera caída en desgracia que había tenido que rebajarse a trabajar en una biblioteca pública. Algo inaudito. En su ciudad no podía escapar de su apellido, ni de las limitaciones que le imponía.

Pero en Lisboa no la conocía nadie. Y ese anonimato era fundamental para su trabajo actual.

—¿Quiere tomar algo más, *senhora*? —El camarero señaló con la cabeza su copa vacía.

—Champán, por favor.

Selene le dio un sorbo a la copa que le acababa de rellenar el hombre mientras examinaba despacio a la gente, con los oídos bien abiertos para enterarse de cualquier información.

Le habían dicho que su enlace estaría allí. Solo tenía que encontrarlo.

«Tu contacto llevará una orquídea», decía el telegrama del coronel Briggs.

Identificó a una docena de personas incluidas en el conjunto de personajes que había memorizado, pero, hasta el momento, «la Orquídea» no se había presentado.

El Casino Estoril era el sol alrededor del que giraba Lisboa, y estaba lleno de mujeres impresionantes con vestidos lujosos y hombres apuestos con esmoquin. Se desplazaban entre las mesas de juego con movimientos elegantes y deliberados, como si se tratara de actores sobre un escenario. Llegaba música de jazz desde el salón de baile, a la que acompañaba el ruido de la ruleta al girar y el repiqueteo de los dados. Nadie diría que la gente que había allí fuera tan peligrosa como le habían dicho, pero Selene sabía muy bien que las apariencias engañan.

Desde que António de Oliveira Salazar, presidente de Portugal, había declarado la neutralidad del país, Lisboa se había convertido en un hervidero de operaciones aliadas, pero también del Eje.

El extenso puerto de Lisboa, junto al río Tajo, era uno de los pocos accesos de Europa que seguían abiertos, y la capital estaba llena de refugiados que solo buscaban un lugar donde estar a salvo y de oportunistas que pretendían aprovecharse de ellos.

Esa noche estaba allí el barón von Hoyningen-Huene, el embajador alemán, que estaba ganando (haciendo trampas, sospechaba Selene) en la mesa de bacarrá. La condesa francesa Elise Archambeau jugaba a la ruleta colgada del brazo de su amante, José Barbedo, uno de los asesores de mayor confianza de Salazar. Rafael Delgado, un noble exiliado español, que se rumoreaba que era simpatizante nazi, llevaba a una mujer de cada brazo y jugaba al *chemin de fer*. Esos eran solo unos cuantos de los más destacados miembros de la élite que conformaban el retablo social esa noche: nobleza desterrada, devotos del Reich y marionetas de Salazar.

En ese despiadado semillero de espías, la información era la mercancía más cotizada. Selene se había convertido en uno de ellos, y vivía del engaño, como el resto.

Los examinó a todos mientras bebía y respondió a las miradas de admiración de los hombres con sonrisas. Todavía no sabía la razón tras las instrucciones que había recibido: escuchar, observar y seducir. La Orquídea le facilitaría los detalles de su misión más adelante. Su actuación de aquella noche como tentadora distracción, o, mejor aún, inocente confidente, sería la primera de las muchas pruebas que tenía que superar.

Había elegido con mucho cuidado el vestido de lentejuelas, porque sabía que destacaba sus curvas y realzaba sus ojos azul claro. Cuando era niña le fascinaba la pose, ligeramente coqueta, de su madre, y el efecto que tenía en los hombres. No tardó en imitarla con la esperanza de conseguir por fin su aprobación. Nunca la logró, pero sí descubrió el poder que su cuerpo podía ejercer sobre los demás.

Durante su entrenamiento, el coronel le había indicado que «usara sus bonitas piernas como herramienta de engatusamiento». La mirada con la que las recorrió Briggs le resultó repugnante, pero Selene no se engañaba. Había conseguido ese trabajo por su apariencia, aunque lo iba a dominar gracias a su inteligencia. Ser cebo para los tigres podía ser peligroso, pero también perversamente divertido.

A su alrededor oía una cacofonía de idiomas (portugués, francés, alemán, japonés) mezclada con risas, música y el tintineo de las copas de cóctel. Selene escuchó con atención para detectar pistas que le sirvieran para identificar a la Orquídea. Solo había podido dar un mes de clases de apresurado portugués antes de salir de los Estados Unidos y, aunque era capaz de mantener una conversación, no lo dominaba. Pero sí hablaba con fluidez francés y alemán, gracias a las clases de idiomas que recibió en Wellesley.

Durante su primer año de universidad, Selene intentó con todas sus fuerzas que le permitieran hacer la carrera de Botánica, pero la única ciencia que su madre estaba dispuesta a aceptar era Biblioteconomía. Entonces el dinero de sus padres ejercía un control total sobre su vida. La batalla sobre su educación era una de las muchas que había perdido contra su madre.

«Los hombres quieren esposas que den respuestas ingeniosas en las cenas, no que sean más inteligentes que ellos. Tu objetivo más

importante en la vida será el matrimonio y la maternidad», le había dicho a Selene.

Eso fue seis años atrás, antes de que abandonara para siempre la estéril propiedad de sus padres en Newport, de que conociera a su mejor amiga, Bea, en la biblioteca de Boston, y de aquel trascendental día en el que vio el póster de la oficina de reclutamiento para la guerra, que animaba a mujeres cultas y con «un estampado de barras y estrellas en el corazón» a unirse a la lucha. Todo aquello quedaba a seis años y un universo de distancia de aquel lugar.

Selene revisó la sala una vez más. Había una mujer, con una flor roja en el pelo, que iba hacia ella desde la mesa de *chemin de fer*. ¿La Orquídea? Los ojos de la mujer y los de Selene se encontraron.

Contuvo la respiración mientras esperaba la señal convenida. La mujer aceleró el paso, pero su expresión se volvió siniestra según se iba acercando. Tenía algo brillante en la mano derecha. ¿Un cuchillo? Tal vez no se trataba de una amiga, sino de una enemiga. Por instinto, Selene metió la mano en el bolso y agarró la Colt 1908.

«Pequeña, pero letal», había asegurado el coronel Briggs.

Selene se apoyó el bolso en la cintura, preparada para disparar si la otra sacaba el cuchillo.

De repente, dos hombres con esmoquin agarraron por ambos codos a la mujer. Selene reconoció al de pelo oscuro y bigote de los archivos que había estudiado durante su entrenamiento. Era el capitán Agostinho Lourenço, el director del PVDE, la Polícia de Vigilância e Defesa do Estado, la policía secreta portuguesa.

—No tiene sentido que monte una escena —aseguró el capitán Lourenço mientras esposaba a la mujer—. Será mejor para usted que venga con nosotros sin llamar la atención.

La sonrisa tranquila de la mujer contrastaba con la situación en la que se encontraba.

—Qué pena tener que abandonar la fiesta ya. Con lo bien que me lo estaba pasando...

Dio tres pasos escoltada por los hombres; de repente, se detuvo y palideció. Empezó a salirle espuma por la comisura de la boca, se tambaleó y cayó sobre la alfombra.

—*Merda*, lo ha hecho —exclamó el capitán Lourenço mientras el cuerpo de la mujer se sacudía por las convulsiones.

Unos segundos después estaba muerta. El objeto brillante se le cayó de la mano. No era un cuchillo, sino un collar con un colgante en forma de bala.

Selene mantuvo la expresión impasible, aunque se le había acelerado el pulso. Sabía lo que se ocultaba dentro del colgante: una cápsula de cianuro. A ella le habían entregado un accesorio tan letal como ese.

Se hizo un silencio incómodo en la sala y todas las caras se volvieron hacia la figura tirada en la alfombra.

—Suicidio —se oyó susurrar a alguien entre la gente.

Selene se estremeció. Esa mujer, aunque perteneciera al enemigo, no iba a por ella. Pero tampoco era la Orquídea. La flor que llevaba en el pelo era una rosa. Tenía que ser otra agente (que se había visto comprometida, obviamente), y se acababa de llevar sus secretos a la tumba.

Sin decir ni una palabra, el capitán Lourenço y su compañero sacaron el cadáver de la mujer de allí.

Selene sintió miedo por primera vez desde que firmó en la línea de puntos que le puso delante el tío Sam y accedió a perder su identidad. Bea y las demás reclutas estaban recelosas de lo que les esperaba, pero Selene no. Ella quería una vía de escape, emociones, anonimato. Sin embargo aquello no era como las situaciones que había ensayado con las demás aspirantes en la Granja. Habían pasado solamente de puntillas por el tema de su potencial muerte, pero acababa de enfrentarse a esa posibilidad cara a cara.

En cuanto el cadáver desapareció de la vista, la música recuperó su volumen y los camareros se apresuraron a rellenar las copas. Selene contempló incómoda cómo todo el mundo volvía poco a poco a sus cartas y sus cócteles. Quedaron unas cuantas caras pálidas y susurros tensos, pero en general nadie se atrevió a dar la más mínima señal de que una persona acababa de morir ante sus ojos.

Sus pensamientos iban a toda velocidad. ¿Intentaría acercarse a ella la Orquídea en esas circunstancias o el riesgo era demasiado

grande? Apoyó la copa vacía antes de que alguien se fijara en que le temblaban las manos.

—Disculpe, *mademoiselle*. —Un hombre rubio con bigote se apoyó en la barra. Hablaba en francés y la saludó con una inclinación de cabeza—. ¿Me permite que la invite a una copa? Me vendría bien una distracción después del desagradable giro que han dado los acontecimientos.

Imitando la actitud del resto de la gente de la sala, Selene respondió con una sonrisa cauta, fingiendo calma a pesar de su malestar, y le habló en un francés casi perfecto.

—Yo pongo la distracción, usted pone el champán —dijo de forma seductora, entornando los ojos y ocultando su mirada tras las pestañas. El primer tigre que mordía el cebo.

Él le hizo un gesto al camarero y enseguida aparecieron dos copas de champán.

—¿Siempre logra lo que quiere con tanta facilidad? —preguntó ella.

—Es porque le consigo ciertas cosas a Ricardo —respondió el francés señalando con la cabeza al camarero.

—Cualquier cosa para *monsieur* Jacques. —Ricardo le guiñó el ojo antes de irse a atender a otros clientes.

Ella tomó la copa de champán y se la acercó a su nuevo amigo.

—Salud. Por *monsieur* Jacques, un hombre influyente. ¡Y por *a cidade da luz*! —Señaló las enormes ventanas coronadas por arcos que rodeaban todo el perímetro de la sala de juego.

Al otro lado de los cristales, divididos en cuarterones, se veían brillar las luces de los grandiosos Hotel Palácio y Hotel do Parque, en la avenida Clotilde. Le habría parecido algo hermoso si el vacío de los ojos de la mujer muerta no siguiera grabado en su memoria.

Pero tenía que centrarse, maldita sea.

Le dio un largo trago al champán para tranquilizarse y después le tendió la mano a Jacques.

—Selene Delmont.

—Ese acento... ¿Es usted estadounidense? —preguntó. Selene asintió y él inclinó la cabeza—. Jacques Renaud, artista francés

convertido en filibustero. —Se acercó la mano de ella a los labios—. Cuénteme qué trae a una *belle amie* como usted a Lisboa.

—Me acaban de contratar como secretaria en la Comisión de Comercio de Estados Unidos —respondió ella, agradecida de haber practicado esa situación con Bea un millón de veces. La mentira le quedó muy natural.

—Vaya, vaya, un trabajo de verdad. Debe de ser usted la única persona de todo el casino que no finge ser algo que no es. Si es que dice la verdad, claro. —A pesar del guiño travieso, ella tuvo la impresión de que la estaba evaluando—. Se ha ido muy lejos de su casa para mecanografiar cartas. ¿Por qué? ¿Es que ser secretaria en los Estados Unidos le resultaba demasiado *ordinaire*?

—La verdad es que allí era bibliotecaria. Mi amiga Bea y yo trabajábamos juntas en la biblioteca pública de Boston. A Bea le encantaba, pero para mí era solo un empleo de transición.

—¿Hacia qué?

Selene sonrió.

—Viajar. El mundo... Esto. —Lo de alistarse no le había dado la oportunidad de viajar como ella había imaginado, pero sí supuso una puerta abierta después de que se le cerraran tantas en las narices. Y además le daba la oportunidad de luchar en aquella guerra de la única manera que podía. Necesitaba espacio para encontrar su sitio en un lugar en el que no estuviera tan limitada. Algo que no habría tenido si se hubiera convertido en la mujer florero de Giles, ni tampoco si se hubiera quedado dentro de los confines de la biblioteca—. Necesitaba un cambio —continuó—. Así que he arrastrado a Bea a Lisboa conmigo y ahora aquí estamos las dos.

Jacques se puso una mano en el corazón, encantado.

—¡Pero si hay dos! —Miró alrededor en busca de Bea—. Esta noche está superando mis expectativas más optimistas.

Selene se echó a reír.

—Siento decepcionarlo, pero Bea ha decidido quedarse en el hotel.

Bea no habría aceptado ir a Portugal si no hubiera sido por la insistencia de Selene. Como su amiga no logró disuadirla para que no se alistara, insistió en hacerlo ella también.

«No pienso dejar que te vayas a la otra punta del mundo sola», fue lo que dijo Bea por fin, resignada, y entonces Selene supo que había ganado. Solo tuvieron que hacer seis breves meses de entrenamiento en la «Granja» de la oss (la Oficina de Servicios Estratégicos) y después las enviaron a Lisboa.

Selene se esforzaba por no preocuparse por el peligro al que se estaba exponiendo Bea al ir allí, sobre todo después de lo que había presenciado aquella noche. Su amiga era reservada, y a veces parecía mucho más mayor de los veintidós años que tenía. Había sufrido demasiadas desgracias en su vida: cuando era niña, su padre murió al incendiarse la fábrica en la que trabajaba. Desde la muerte de su madre, solo tres años antes, ella había asumido la mayor parte de la carga de mantener económicamente a su familia. También se ocupaba de su hermano menor, Robert, para asegurarse de que terminara sus estudios antes de alistarse.

Al menos el puesto que tenía Bea allí no era peligroso. Ya le habían asignado un puesto de bibliotecaria en el Comité Interdepartamental para la Adquisición de Publicaciones Extranjeras, también conocido como IDC. A partir de la mañana siguiente estaría a salvo tras una mesa, archivando información y microfilmes conseguidos por la oss.

—A Bea no le gusta todo este brillo y glamur —le explicó Selene a Jacques—. Seguramente ya estará en la cama leyendo *Jane Eyre*.

Jacques chasqueó la lengua.

—Qué pena, pero no pasa nada. Ya la conoceré. Lisboa es como una pecera; no puedes ir nadando por ahí sin encontrarte con todos los demás peces. Por eso también es muy difícil evitar a los tiburo-nes, como ya habrá visto por sí misma.

—A mí me encantan los juegos peligrosos —comentó Selene.

—Pues aquí no hay de ningún otro tipo. —Por primera vez, notó cierta amargura en el tono de Jacques. La miró a los ojos y se puso muy serio de repente—. *Ma chérie*, le aconsejo que tenga mucho cuidado aquí. Sería mejor que volviera corriendo a Estados Unidos en cuanto pudiera.

Ella notó que se lo decía con total sinceridad, pero se obligó a quitarle importancia con un gesto de la mano.

—¿Estados Unidos? *C'est ennuyeux*. —Y alzó la copa para ocultar su cara.

—¡Que es muy aburrido, dice! —Jacques se terminó su copa—. Madre mía, sí que es usted valiente. Yo, por el contrario, prefiero el aburrimiento a la muerte, sin dudarlo.

Mientras Jacques y ella charlaban, Selene estaba prestando toda la atención que podía para distinguir retazos de otras conversaciones. Escuchó a un oficial de las ss uniformado alardear de la última victoria militar del Führer ante una mujer esbelta con una estola de visón. Una mujer francesa hablaba de forma atropellada con un hombre con cara impasible sobre intercambiar joyas por visados para ir a Estados Unidos. Los ojos de la mujer se llenaron de lágrimas cuando el hombre le respondió con una fuerte carcajada.

—Sus joyas no valen nada. Tengo montones, pero no puedo deshacerme de ellas —respondió en portugués—. Vuelva a hablar conmigo cuando tenga algo —dijo, y le agarró la barbilla con la mano— más... interesante que vender.

Antes de llegar a oír la respuesta de la mujer, Selene volvió a centrarse en Jacques, mirándolo con una amplia sonrisa. No podía hacer nada para ayudarla. Mostrar compasión, aunque fuera solo un poco, supondría un gran riesgo.

Jacques volvió a chasquear la lengua mientras miraba a la mujer, para que ella supiera que él también había oído lo que decía.

—Pobrecilla, le dará lo que quiere en menos de una hora. —Se inclinó hacia ella y bajó la voz—. Está usted rodeada de toda la escoria imaginable. Contrabandistas, policía secreta, secuestradores. Solo diga el pecado y encontrará aquí al pecador.

Ella parpadeó varias veces, fingiendo inocencia.

—No tenía ni idea —mintió—. Pero, si es así, ¿por qué está usted en Lisboa?

—Mientras el Reich y Vichy sigan en Francia, no puedo regresar. Pero no quiero dejar el continente tampoco. Así que he decidido quedarme aquí. Pinto y espero. —Se encogió de hombros y susurró, mirando de soslayo a un oficial de las ss que estaba allí cerca—: Hay destinos peores, como todos sabemos.

El oficial miró hacia donde estaban ellos y a Selene se le heló la sangre cuando vio que la atravesaba con la mirada. Pero Jacques lo saludó con la cabeza con toda tranquilidad.

—Buenas noches, *herr* Stellmacher. Debo decir que su uniforme parece especialmente despótico esta noche.

—Tan ingenioso como siempre, Renaud. —*Herr* Stellmacher inclinó la cabeza y después se alejó.

—Es muy hablador —bromeó Jacques, y le ofreció un cigarrillo de una pitillera plateada y elegante. Ella lo rechazó. Él se encendió uno y soltó un aro de humo desganado—. Como mi arte es de naturaleza antiautoritaria, Stellmacher y el régimen de Vichy estarían encantados de verme instalado en uno de sus campos de internamiento. Pero aquí no pueden tocarme. Al menos por ahora. Y me encanta restregárselo.

De repente, el grupo de gente que rodeaba la mesa de póquer más cercana dejó escapar un gemido colectivo.

—Me da miedo mirar —dijo Jacques con un suspiro—. Creo que ya hemos tenido bastantes imágenes macabras por esta noche.

—No es eso.

Selene vio como un hombre de pelo oscuro, con un esmoquin muy usado, le pasaba una moneda al *croupier*.

—Deme carta —dijo el hombre en portugués.

—Se ha vuelto loco —murmuró alguien, mientras el grupo se arremolinaba para ver mejor.

—Ese idiota lo va a perder todo —comentó otra mujer.

—*Senhor* Caldeira, por favor. —El *croupier* le habló en una voz baja, casi comprensiva—. No tiene más escudos.

—Tómelo. —Como el *croupier* no se movió, el hombre le tiró la moneda—. ¿Qué me importa?

—No lo acepto. —El *croupier* puso la moneda en la palma del *senhor* Caldeira—. Váyase a casa, *senhor*, antes de que se busque algún problema.

—¿A casa? —El hombre soltó una carcajada repentina y breve, y después se acabó el martini—. No tengo casa. —Y se levantó de la mesa.

Cuando pasó junto a la barra, su pecho amplio chocó con el hombro de Selene y provocó que derramara el champán.

Jacques lo interceptó.

—Compórtese, Luca. Lo están observando.

Luca Caldeira resopló.

—Como siempre.

Empujó a Jacques para pasar y después se detuvo para estirarse las solapas y apartarse los gruesos rizos de la frente. Entonces fue cuando se fijó en Selene. Las cuencas de sus ojos eran como una oscura caverna en medio de una cara bronceada y curtida.

Su mirada vacía y atormentada le puso a Selene los pelos de punta.

—Mis disculpas —dijo con brusquedad—. Espero que disfrute de este espectáculo del absurdo. —Y señaló la sala que lo rodeaba con cara de asco—. Si puede.

Y dicho eso, se fue.

Ella sacudió la cabeza para apartar la mirada torturada de Luca de su mente y se miró el vestido. Unos segundos después apareció a su lado una mujer, con un vestido rojo de lentejuelas, que le ofreció un pañuelo.

—Gracias. —Se secó el champán que le había caído en el vestido.

—Pero qué maleducado. —La voz de la mujer tenía un sonido aterciopelado. Era increíblemente bella, con la piel de color marrón intenso, el pelo negro peinado a la perfección y unas pestañas tan largas que le rozaban las mejillas—. ¡Hombres! —Su risa era melodiosa—. Es que ya no quedan caballeros en este mundo, se lo aseguro.

Jacques se echó a reír.

—No me lo voy a tomar como algo personal, Marguerite.

—Tú nunca lo haces, querido.

Marguerite y Jacques se besaron en ambas mejillas.

Mientras lo hacían, Selene se fijó en el broche que llevaba Marguerite en el escote del vestido. Era una orquídea con incrustaciones de diamantes. La flor que le habían dicho que buscara. Se le aceleró el pulso.

—Tengo que volver al salón de baile —anunció Marguerite—. Debo empezar mi segundo número.

—La voz de sirena de Marguerite nos mantiene a todos felizmente cautivos —le explicó Jacques a Selene.

Ella le agarró la barbilla.

—Ya sabes que tengo debilidad por los aduladores. —Se giró para irse, pero entonces se detuvo—. Oh, se me olvidaba. —Le tendió un pintalabios a Selene—. Creo que se le ha caído esto.

El corazón le dio un vuelco. Era la señal convenida.

—Sería una lástima perder mi Rojo de la Victoria. Es mi color favorito. —Pronunció las palabras correctas con soltura y después se guardó el pintalabios en el bolso—. Gracias.

Marguerite les tiró un beso a ambos mientras se alejaba.

—Acaba de conocer a mi segunda mujer favorita de este establecimiento —anunció Jacques.

Ella se echó a reír, aunque no dejaba de pensar en el pintalabios.

—Es preciosa y me ha salvado la noche con el pañuelo. ¿Pero quién era ese bestia? Casi me estropea el vestido.

—¿Luca Caldeira? Es el personaje más triste de Lisboa. Era cónsul general de Salazar. Trabajó en España durante un tiempo, pero ahora... —Jacques sacudió la cabeza—. Es un magnate caído en desgracia. Su hermano, André Caldeira, es uno de los asesores más cercanos a Salazar. También es el propietario de la mayor mina de wolframio de Portugal. El comercio de ese mineral es lo único que importa en estos tiempos. Pero, por un irónico giro del destino, Luca se ha quedado en la miseria.

—¿Qué ha pasado?

—Un asunto horrible. Este lugar no es apropiado para hablar de eso. Es tabú entre los acólitos de Salazar. —Apagó su cigarrillo aplastándolo en el cenicero—. Además, no quiero estropearle el resto de la noche con una historia trágica como esa.

—No, será mejor que no lo haga. —Selene volvió a sonreír y apartó a Luca de sus pensamientos—. Voy a empolvarme la nariz. Pero cuando vuelva, me encantaría tomarme otra copa de champán y —añadió, y entrelazó su brazo con el de Jacques— tener el placer de verlo ganar una mano de póquer.

—Si usted es mi talismán, ¿cómo podría perder?

Ella le guiñó un ojo y después se fue al tocador. Se metió en un cubículo del baño, sacó el pintalabios del bolso y desenroscó la parte de abajo despacio. Como sospechaba, dentro había un trocito de papel: un compás de notas sacado de una partitura. Selene buscó en su bolso un pequeño vial de amoníaco y, tras abrirlo, lo pasó bajo el papel para que los efluvios acres que escapaban del tubo hicieran su efecto. Las palabras fueron apareciendo poco a poco: «Cómprale una orquídea a Gracinha en Jardim Encantado. En Beco da Hera. Mañana, dieciocho horas».

Memorizó la nota, la tiró por el retrete y después volvió a guardar el pintalabios en el bolso.

Sintió un gran alivio. Había encontrado a su enlace.

Se miró en el espejo y salió para volver a reunirse con aquel grupo de gente elegante. Ya sabía cuál era su juego y la partida estaba a punto de empezar.